Tania Branigan, "China's Great Famine: the true story", *The Guardian*, 1 de enero 2013 (https://www.theguardian.com/world/2013/jan/01/china-great-famine-book-tombstone) [recuperado 01/nov/2024]

La Gran hambruna china: la verdadera historia

La hambruna que mató a 45 millones de personas sigue siendo, 50 años después, un tabú en China. El escritor Yang Jisheng está resuelto a cambiar esto con su libro *Tombstone* (literalmente: *Lápida*)**.**

Bajito y fornido, pulcro en su vestimenta y de rasgo gentil, Yang Jisheng es una figura discreta, al tiempo que se pasea através de las agradables pero descuidadas oficinas con un morral de piel pasado de moda al hombro. Desde su retiro de la agencia de noticias china, ha estado trabajando en el diario, de título inofensivo, *Annals of the Yellow Emperor*, (literalmente: *Los anales del emprador amarillo*) donde pilas de documentos cubren los escritorios despostillados y una cucaracha rodea nuestras tazas de papel llenas de té verde.

Las historias de horror escritas por este septuagenario desde este cómodo laberinto profesional en Pekín son tan salvajes y excesivas que podrían ser consideradas como las comedias o farsas más negras o las sátiras más extremas sobre el fanatismo y la tiranía.

Una década después de que el Partido Comunista, prometiendo servir al pueblo, tomó el poder en 1949, el más grande desastre de la historia causado por el hombre se cernió sobre una tierra ya empobrecida. En una ciudad cualquiera de la provincia central de Henan, más de un millón de personas –una de cada ocho– murieron de inanición y por la brutalidad en un periodo corto de tres años. En un área, las autoridades se apropiaron de más grano del que los agricultores verdaderamente habían cosechado. En escasos nueve meses, más de 12,000 personas, un tercio de sus habitantes, murieron en una sola comuna; una décima parte de los hogares fueron arrasados. Trece niños les suplicaron a las autoridades por comida y fueron arrastrados a las montañas donde murieron de frío e inanición. Un huérfano adolecente mató y se comió a su hermanito de cuatro años. En un pueblo, cuarenta y cuatro de los cuarenta y cinco habitantes murieron y la única sobreviviente, una mujer en sus sesentas, se volvió loca. Otros fueron torturados, linchados o enterrados vivos, ya fuera por haber declarado cantidades reales de sus cosechas, haberse negado a entregar la poca comida que les quedaba, haber robado sobras o simplemente haber hecho enojar a las autoridades.

Cuando el jefe de una brigada se atrevía a declarar lo obvio –que no había comida– el líder le advertía: <¡Éso es una desviación derechista del pensamiento! Estás viendo el problema de una manera muy simplista>.

Página tras página, incluso en la rigurosamente editada tranducción al inglés hay 500 de ellas, su libro, *Tombstone*, encima improbabilidad sobre improbabilidad extrema. Sin embargo, Yang no imaginó estas escenas; dedicó 15 años a la difícil labor de documentar la catástrofe que cobró, al menos, 36 millones

de vidas –incluida la de su padre– en todo el país.

La gran hambruna sigue siendo un tabú en China, donde se refieren a ésta con los eufemismos: “Los tres años de desastres naturales” o “Los tres años de dificultades”. Publicado primero en Hong Kong, el recuento monumental de Yang está prohibido en su patria. Cuando inició su trabajo, jamás se imagino lo que iba a descubrir: <Jamás pensé que sería tan grave, tan crudo, tan cruel y tan sangriento; no sabía de los miles de casos de canibalismo ni de los granjeros que fueron linchados.>

<Las personas que morían no eran sepultados porque sus familiares podían seguir obteniendo sus raciones de alimento; mantenían sus cuerpos cobijados en sus camas, mientras eran comidos por los ratones. La gente se comía los cadáveres y se peleaban por los cuerpos. En Gansu, mataban a los forasteros; la gente me contó que mataban y se comían a los forasteros que pasaban por ahí; ¡incluso, se comían a sus propios hijos!, ¡terrible!, ¡horrible!>. Yang se detuvo un momento.

<Al principio, cuando leí estos documentos, me sentí terriblemente deprimido>, añadió, <Pero después, me bloqueé, pues de otra manera no hubiera podido continuar>.

Sea que se debió a este proceso o, más seguramente, a sus años trabanjando dentro del sistema, Yang es muy templado. Cada vez que responde una pregunta, su sonrisa de abuelo cambia intermitentemente por cautela. Aunque su libro transmite una sensación de profundo enojo, su fuerza radica en su mesura.

<Hay algo de China que parece necesitar intelectuales “echados para adelante”>, dice Jo Lusby, jefa de operaciones de Penguin, editores de *Tombstone*, en China; <sin embargo, la gente con mayor voz no es necesariamente la que tiene algo que decir. Yang Jisheng da la impresión de ser un viejito gentil, pero tiene un alma de acero y es completamente íntegro>.

Ella nos dice que él es parte de una generación de académicos discretamente comprometidos. A pesar del título raro y pasado de moda, *Annals of the Yellow Emperor* es una revista especializada que ha tratado temas sensibles en repetidas ocaciones. Sin embargo, *Tombstone* también fue una misión personal; Yang se decidió a <eregir una lápida para mi padre>, para las otras víctimas y para el sistema que los asesinó.

El libro inicia con Yang regresando de la escuela y encontrando a su padre moribundo: <Trató de extender su mano para saludarme pero no pudo levantarla…me quedé en choque con la conciencia de que “en los huesos” significaba algo horrible y cruel>, escribió.

El lugar se convirtió en un pueblo fantasma, con campos sin hierva y árboles sin follaje. En cuanto a su dolor y pena, interpretó la muerte como una tragedia meramente familiar: <Tenía 18 años en ese momento y lo único que sabía era lo que el Partido Comunista me decía. A todos nos engañaron. Yo era bien rojo; estaba en un equipo de propaganda y creí que la muerte de mi padre había sido solo una desgracia personal. Jamás pensé que era responsabilidad del gobierno>.

Después de graduarse, se unió a la agencia estatal de noticias Xinhua, al tiempo que la locura política de la Revolución cultural causaba nuevos estragos en el país: <Cuando reflexiono sobre lo que escribí [en esa primera década], debería de haberlo quemado todo>, dice. Incluso mientras escribía sus odas y alabanzas al partido, su trabajo comenzó a ofrecerle destellos de la verdad detrás de la fachada. Un día,

quedó estupefacto al escuchar al líder de la provicia Hubei decir que 300,000 personas habían muerto allí (la primera pista de que la muerte de su padre no había sido un incidente aislado); fue, dice, un despertar paulatino. Continuó trabajando para Xinhua, tarea que fue más sencilla debido a las reformas y al proceso de apertura del país, al igual que a su propia evolución; para la tercera década de su carrera, nos dice: <tenía pensamiento independiente y decía la verdad>. Ahí fue cuando comenzó su labor para *Tombstone*: <simplemente tenía el fervorozo deseo de descubrir los hechos; había sido engañado y no quería que me engañaran de nuevo>.

Paradójicamente, su empleo en Xinhua fue lo que le permitió desenterrar la verdad sobre la hambruna, pues revisaba archivos con el pretexto de algún proyecto simplón sobre políticas agrícolas estatales, armado con cartas de presentación oficiales.

Muchas personas le ayudaron, tanto oficiales locales como personal de Xinhua. ¿Sabían en lo que estaba trabajando? <Sí, claro que sí>, responde.

Solamente una vez, en los archivos del suroeste de Guizhou, estuvo a punto de ser descubierto. <El personal que trabajaba allí decía: “No podemos dejarte entrar; necesitas el permiso del director”>, recuerda Yang, <el director me dijo: “necesito el permiso del subsecretario provincial del partido”. Entonces fuimos a ver al subsecretario provincial del partido, quien nos dijo: “tengo que preguntarle al secretario del partido”. Finalmente, el secretario del partido nos dijo: “tengo que preguntarle al gobierno central”>, Yang hace una pausa y continua: <si el gobierno central se hubiera enterado, me hubiera mentido en muchos problemas>, entonces se excusó y se fue de allí.

Medio siglo después, el gobierno sigue considerando la hambruna como un desastre natural y sigue negando el verdadero número de muertes. <El origen del problema está en el sistema. No se atreven a admitir los problemas del sistema…Podría influir en la legitimidad del Partido Comunista>, dice Yang.

El número de muertes es escandaloso. <La mayoría de las autoridades admiten 20 millones>, nos dice, pero él pone el número total en 36 millones. Es el <equivalente al número de personas asesinadas por la bomba atómica detonada en Nagasaki multiplicado por 450…y más que el número de personas asesinadas en la Primera Guerra Mundial>, escribe. Muchos piensan, incluso, que es una cifra conservadora; en su aclamado libro *Mao's Great Famine*, Frank Dikotter calcula que el número llega, cuando menos, a 45 millones. *Tombstone* demuestra meticulosamente que la hambruna no únicamente fue inmensa sino además causada por el hombre; y no sólo causada por el hombre sino además por la política, producto del totalitarismo. Mao Zedong juró construir un paraíso comunista en China a través del puro entusiasmo revolucionario, colectivizando tierras de cultivo y creando comunas masivas en cortísimo tiempo. En 1958, buscó ir más lejos, lanzando el Gran salto adelante, un plan para modernizar toda la economía china tan ambicioso que cayó en la locura.

Muchos creen que la ambición personal también jugó un papel crucial. No satisfecho con ser <el emperador más poderoso que jamás haya gobernado China>, Mao se esforzó por apropiarse del liderasgo del movimiento comunista internacional. Si la Unión Soviética creyó que podría alcanzar a los Estados unidos en 15 años, él prometió que China superaría en producción a la Gran Bretaña. Sus violentos ataques a los líderes que se atrevieron a expresar sus dudas acobardó a la oposición; sin embargo, como Yang precisa: <El por qué China creyó en el Maoismo y tomó este camino es un proceso histórico muy complicado; no

fue el error de una sola persona sino de muchos, fue un proceso>. En primera, el plan probó ser un desastre; las autoridades locales, sea por fanatismo o por miedo, enviaban al centro reportes sumamente exagerados de su éxito con tamaños de cosechas tres o cuatro veces mayores a los de la realidad. Las autoridades superiores exigieron enormes cantidades de granos para las ciudades y que, incluso, enviaron al extranjero. Cuadros acosaron y asesinaron a los que intentaron decir la verdad y ocultaron las muertes cuando los reportes de los problemas llegaban al centro.

A pesar de esto, los trabajos de Yang y de otros han demostrado que los líderes superiores en Pekín supieron de la hambruna desde cuando menos 1958. Un año después, Mao declaró a sus colegas: <La distribución equitativa de los recursos solamente arruinará el Gran salto adelante> y complementó: <Cuando no hay suficiente que comer, la gente se muere de hambre; es mejor dejar morir a la mitad para que los otros puedan comer su parte completa>.

La crueldad corre a lo largo del sistema. En Xinyang, la ciudad de Henan en el centro de la tragedia, aquellos que trataron de escapar de la hambruna fueron detenidos; muchos murieron de hambre o por la violencia en los centros de detención. La policía cazó a los que enviaban cartas anónimas informando lo que pasaba. Los intentos por controlar a la población cayeron en el sadismo total, con cuadros torturando víctimas en formas rituales cada vez más elaboradas: <Los libros de texto no mencionan nada de esta parte de la historia>, dice Yang, <en cada festival tienen propaganda de los logros, gloria, grandeza y justeza del partido. El pensamiento de la gente ha sido formado a lo largo de muchos años, así que escribir este libro ahorita es muy necesario, de otra forma nadie se enterará de esto>.

Hay indicios de que en China algunos quieren abordar el tema. El año pasado, el semanario *Southern People's Weekly* se atrevió a publicar un número con el texto "La gran hambruna" plasmado claramente en la portada; dentro, un artículo se refería a esta calamidad como causada por el hombre.

Yang está convencido de que *Tombstone* será publicado en la China continental quizá dentro de una década y añade, con una sonrisa, que ya hay probablemente unas 100,000 copias circulando, incluyendo versiones piratas y otras contrabandeadas desde Hong Kong. <Hay muchas cosas que la gente de fuera sabe antes y los chinos las aprendemos del extranjero>, señala.

Pero en otro sentido, la persiana se está cerrando. Zhou Xun, cuyo nuevo libro *The Great Famine in China* (literalmete *La Gran hambruna en China*) recoge documentos originales que trantan del desastre por primera vez, declara que mucho de ese material ya ha sido clasificado y vuelto inaccesible.

<Investigar sobre el tema va a ser más dificil. No van a permitir ya que la gente consulte este material>, nos advierte el autor y fotógrafo Du Bin, cuyo próximo libro *No One In The World Can Defeat Me* (literalmente: *Nadie en el mundo puede vencerme*), yuxtapone recuentos e imágenes del horror con la alegre propaganda del momento. La historia en China no puede estar segura dentro de un libro; siempre existe el riesgo de que se difunda: <Aunque ya pasaron muchos años, el Partido Comunista sigue gobernando el país>, dice Yang, <ellos lo admiten, pero no quieren hablar de ello, pues sigue siendo una tragedia bajo su gobierno>.

Algunos tienen la esperanza de que la nueva generación de líderes esté dispuesta a revisar la historia del país y a reconocer los errores hechos. Otros piensan que será más fácil para éstos continuar suavisando el

pasado. Yang remarca que <ya que el Partido y la sociedad han mejorado y todo está mejor, es difícil para la gente creer en lo cruel y violento que fueron esos tiempos>.

Recuerda que al reunirse con un obrero de Xinyang que perdió a dos familiares en la hambruna, el nieto adolescente del obrero no podía creer lo que el anciano contaba y ambos terminaron discutiendo escandalosamente. Sin embargo, el poder de la verdad para remoldear China se manifiesta en el efecto sobre el mismo Yang quien nos dice: <Crecer con una educación comunista me hizo ser muy conservador y mi pensamiento era muy sencillo. Hoy mi mente es libre y creo que China debería avanzar hacia la democracia y hacia una economía de mercado>.

Lusby asegura que Yang es un verdadero patriota; su diligente y arriesgado trabajo no sólo es para su padre y para él mismo, sino para su país: <El pueblo chino fue engañado y necesita historia de verdad>.